

AVISO AL LECTOR\*

Traducción de AURELIA ÁLVAREZ

**E**S POSIBLE QUE ESTE TEXTO sea impreso y leído algún día. Tampoco está prohibido pensar que el manuscrito duerma por largos años, silencioso, en un cajón. El dueño del mueble puede verse obligado a huir un día, dejando tras de sí las páginas olvidadas. ¿Qué nos impide imaginar que la cómoda será vendida? He aquí que la adquiere un negociante de mayoreo que desea amueblar un cuarto de servicio en su nueva casa. La sirvienta encuentra el manuscrito y lo arroja a la basura. El negociante, así ha hecho fortuna, procura que nada se pierda, despide a la sirvienta, recupera el manuscrito, y lo envía a los servicios de papetería. Las hojas, arrugadas, amontonadas, servirán de borra para rellenar un paquete con destino a una factoría aislada en el centro de África; nada de todo esto es inverosímil. El paquete, después de pasar meses en vagones, en vapores, en cobertizos, en chalanas, en caravanas y con cargadores, le llega a su destinatario. Es un blanco. Dejó Francia hace veinte años para convertirse en el modesto empleado de una poderosa sociedad minera; fue olvidado en ese puesto, inútil desde hace mucho tiempo. No hay un solo europeo en mil kilómetros a la redonda, y este hombre se pierde entre los negros como una alubia en el centro de una enorme costal de frijoles negros. El paquete llega demasiado tarde. El hombre está viejo. Además, había encargado una máquina para hacer hielo, el negociante se equivocó y envió un dictáfono perfeccionado. Asqueado de todo, el blanco alisa mecánicamente las hojas del manuscrito que sujetaban los

rodillos vírgenes. Como no tiene nada que hacer y poca imaginación, dicta el texto una primera vez, y una segunda, al revés. Y como habla perfectamente la lengua de la tribu negra más próxima (una especie de Bomongo adulterado), dicta en esta lengua la primera traducción del manuscrito. Más tarde, muere, y nadie lo reclama. La sabana invade, y luego borra su cabaña. Hace mucho que las hormigas rojas se comieron el manuscrito.

La tribu de los Bomongos adulterados ha iniciado una lucha contra poderosos enemigos, y una nueva guerra de cien años comienza. Después de muchas batallas, el último Bomongo, único sobreviviente en lo sucesivo de una raza desaparecida, se ve obligado a refugiarse en la selva. Ahí, perseguido por un jaguar, se esconderá una noche de tornado en la cabaña del blanco, que ya sólo es una vaga y oscura burbuja de vacío entre masas de jungla. El negro descubre el dictáfono, lo pone a funcionar por casualidad, y escucha, en su lengua, el texto de las páginas que se van a leer.

Para ese negro escribo yo.

\* Este texto figura como una suerte de prefacio a *Le Mécénicien et autres contes* (Gallimard, 1953). Aparte de este pequeño y sorprendente libro, que mereció un ensayo de André Breton y que contiene invenciones memorables como *Le tigre mondain*, debemos a Jean Ferry (1905 - 1976) un penetrante estudio sobre Raymond Roussel. O.P.

*Giulio Romano, a quinientos años de su muerte*

Discípulo de Rafael; maestro erudito; virtuoso de la ejecución; genio licencioso: con esta caracterización de Vasari comienza la valoración crítica de Giulio Romano (1492 - 1490), arquitecto, decorador y lo mismo pintor de la Batalla de Constantino en el Vaticano que de las obras eróticas de su amigo Pietro Aretino; valoración cambiante: en 1962, *Sieur de Chambray* dice en su *L'idée de la peinture* que "Parece que Rafael, a su muerte, le hubiese dejado y casi transmitido su genio"; pocos años después, para Algarotti, "la Sala de la Guerra de Troya... es un mediocrísimo bajorrelieve coloreado". La acusación de vulgaridad será cada vez más frecuente. Así, el juicio de Lecombe en 1759 y el de Lanzi en 1789 es el mismo: virtuosismo y falta de seriedad artística —para Fiorillo; en 1798, el origen de la pintura manierista. El juicio del siglo diecinueve dibuja una figura ambigua: para algunos no un manierista sino un estudioso de la antigüedad, es para Kugler en 1842 un artista inmóvil; para Woltmann

y Woerman, en 1882, "la barroquísima fantasía barroca no inventó nunca nada más exagerado".

"Hoy —escribe Gombrich—, a un siglo de distancia, palabras como estas suenan extrañas... Lo que la crítica del pasado definía como licencioso es ahora visto como una contribución del artista a la historia de los estilos, sea el estilo barroco, sea el manierista", aunque "la palabra estilo no es quizá del todo apropiada, ya que se trata más bien de un género artístico, el arte que celebra la belleza del cuerpo humano en el desnudo erótico y heróico... Un género que —usando la terminología del dieciocho— irasmata lo-erótico en belleza y lo violento en sublime... Sin el arte de Giulio Romano no tendríamos a Rubens ni a Poussin."

Las ilustraciones de este número de *Vuelta* han sido tomadas del catálogo de la enorme exposición Giulio Romano con que nuestro siglo conmemora, en el Palacio Te y el Palacio Ducal de Mantua, los quinientos años de la muerte de este artista excepcional.